

EL CHISME



REVELACIÓN. (Cuadro de J. Aviat.)



*Revelación que no hay modo
de pintar con más maestría.
(Una así me gustaría
que me revelara todo.)*

Ayuntamiento de Madrid

Crónica.

¡Que vengan! ¡Que vengan ahora á Barcelona los seres impíos que no creen en milagros! ¡Que vengan y se convencerán!

Porque á la hora presente los habitantes de la Conda ciudad vivimos casi, casi, de milagro.

La huelga, ansiando sin duda emular con Martínez Campos, se ha hecho general; muchas fábricas se han cerrado... (ó mejor dicho, las han cerrado los porteros) y por las calles se dan cargas de caballería, como pudieran darse cargas de vino ó de aceite ó de otra cualquier substancia más ó menos alimenticia.

—El jornal es exíguo y el trabajo mucho. Los vivos se encarecen y no podemos soportar tantas cargas, han dicho los obreros.

Y...

—¿Si? ha debido replicar el Gobernador; pues ahí os doy esas otras.

Y ha ido y ha dado, á los que el lunes paseaban por la Rambla, unas cuantas cargas... de caballería.

Libreme Dios de alabar ni de censurar la conducta del Sr. Gonzalez Solesio. Ni es esa mi misión, ni caso de que lo fuera, él me la toleraría. ¡Guarda Pablo, que tiene malas pulgas!

No criticaré su modo de obrar... entre otras razones porque no quiero meterme en esas interioridades.

Pero lo que sí me parece es que el actual gobernador de la provincia de Barcelona ha obrado muy en consonancia con su carácter.

Con su carácter... de militar, y de militar retirado.

No me digan Vds. que él, como padre—padre político—de los barceloneses, debía conocer nuestras costumbres y nuestro carácter y nuestro modo de ser, y debía saber, por lo tanto que aquí, donde se logra todo por la suavidad, son contraproducentes las medidas y los alardes de fuerza extemporáneos. ¿Cómo ha de saber el Sr. Gonzalez Solesio esas cosas, si vive... como ya he dicho antes; es decir, retirado?

De todos modos, de hoy en adelante no podrá ofenderse nuestra primera autoridad civil porque le digan... lo que él mismo demostró el lunes pasado, en la Rambla, á planazo limpio.

Que ya ha empezado á cargar á los catalanes.



Diálogos de actualidad.
En una escuela:

- ¿Conque dices, hija mía?...
—¡Ay, que no sé lo que tengo!
—Vamos, ten calma.
—¡Imposible!
—Dímelo todo.
—¡No puedo!
—Ten paciencia.
—¡No hay paciencia!
—Consuélate.
—¡No hay consuelo!
—Pues, hija, si no te explicas no podremos entendernos.
—¡Si viera Vd. lo que sufro!
—¡Vamos, dime!

- Haré un esfuerzo.
Verá usted: mi madre y yo, cuando vinimos del pueblo, pensamos en hacer algo para poder sostenernos, y desde entonces acá admitimos caballeros con asistencia ó sin ella en nuestro cuarto entresuelo, número diez triplicado de la calle de Tudescos.
—Vamos, sí; casa de huéspedes.
—¡No, señor!
—(Pues no lo entiendo)
—Nosotras no hemos querido

- rebajarnos hasta eso.
Tenemos un fabricante de mazapán de Toledo, un capitán retirado, un sacerdote muy grueso y un joven muy elegante que es teniente de ingenieros.
—¡Malo, malo, malo, malo!
—¡Malo! no, señor; muy bueno, muy guapo y muy cariñoso, pero ¡ay, Dios! tiene un defecto: se dedica al hipnotismo con un entusiasmo ciego, y quiere ensayar en mí, todos sus experimentos.

—Diga Vd. D. Celedonio. El acento de *huelga* ¿donde se pone? ¿en la *é*?

—No, hijo mío; en ninguna parte. Esa palabra no lleva acento.

—¿No, eh? ¡Y decía ayer el periódico que la huelga se había empezado á *acentuar*!

✱✱

En el café.

—Vamos á ver; ¿qué encuentra Vd. de censurable en la conducta del señor Gobernador?

—Hombre, yo...

—¿No ha dicho él desde el primer día--y todos se lo aplaudieron--que no venía á hacer política?

—Sí, pero...

—Pues entonces, si no quiere ser político ¿no es disculpable, es más, no es necesario que pegue un tanto de *impolítico*?

✱✱

—¿Qué me dice Vd. de las cargas del lunes, doña Emerenciana?

—Calle usted, hija, calle usted, que estoy *indignada*. Dicen que el gobernador, que las mandaba, es del Estado Mayor.

—¿Y qué?

—Que yo no puedo tolerar que nos den cargas más que los de estado... soltero.

✱✱

Sobre la suspensión de los concejales.

—Dí, papá: ¿tu eres del ayuntamiento?

—Sí, hijo mío; era concejal, pero ya no lo soy.

—Pues... por eso mismo. Tu el mes pasado le pegaste á Juanito porque no le aprobaron en los exámenes. Y ahora él debía pegarte á tí.

—¿Porqué vida mía?

—Porque tu ahora estás como él entonces: estás *suspense*.



Le mot de la fin.

D. Procopio nota que su criada engorda más de lo regular. Y como de la *obesidad* de la criada tiene don Procopio toda la culpa—él se sabría por qué--decide despedirla, dando como pretexto que siempre anda de paseo y que nunca esta en casa cuando se la necesita.

—¿Por qué has despedido á la Pascuala? le pregunta su señora.

—Porque no para en casa.

CANUTO BLANCO Y DELGADO.

Confiteor

- Haré un esfuerzo.
Verá usted: mi madre y yo, cuando vinimos del pueblo, pensamos en hacer algo para poder sostenernos, y desde entonces acá admitimos caballeros con asistencia ó sin ella en nuestro cuarto entresuelo, número diez triplicado de la calle de Tudescos.
—Vamos, sí; casa de huéspedes.
—¡No, señor!
—(Pues no lo entiendo)
—Nosotras no hemos querido rebajarnos hasta eso.
Tenemos un fabricante de mazapán de Toledo, un capitán retirado, un sacerdote muy grueso y un joven muy elegante que es teniente de ingenieros.
—¡Malo, malo, malo, malo!
—¡Malo! no, señor; muy bueno, muy guapo y muy cariñoso, pero ¡ay, Dios! tiene un defecto: se dedica al hipnotismo con un entusiasmo ciego, y quiere ensayar en mí, todos sus experimentos.

—Eso se lo inspira el diablo
—¿El diablo? ¡Qué! no por cierto;
quien se lo inspira es Pulido
y el Doctor Calatraveño
y otros doctores que meten
el hipnotismo en el cuerpo.
—¡Guardate de él, hija mía!
—¡Ay, padre, si es que no puedo!
Hace de mí lo que quiere,
me trata como un muñeco.
Me dice: «mueve los brazos»
y yo, sin querer, los muevo;
«sube una pierna» y la subo;
dice «séntate» y me siento;
«dame un beso» y yo...

—¿Qué haces?
—Sin querer le doy un beso.
Y no es eso todo.

—¡Cáspita!
—Anoche, sin ir más lejos,
cuando estaba yo entregada
á juveniles ensueños,
oigo en la puerta del cuarto
dos golpecitos muy quedos
y al poco rato una voz
que me dice con misterio:
«Rosalia, abre, soy yo;
ábreme, no tengas miedo.»
—¡Caracoles! ¿Y quién era?
—El teniente de ingenieros.
—¿Y despues?

—Despues di un grito,
oí pasos á lo lejos,
cesaron, sentí una puerta...
y todo quedó en silencio.
Padre... ¿estaré hipnotizada?

—No, hija mía, pero creo
que si sigues á ese paso
serás *caso* en poco tiempo.
—¿Y qué debo hacer?

—Escucha
y practica mis consejos.
Cuando vayas á acostarte
cierra la puerta por dentro
y no se la abras ni á Cristo
que vaya á ofrecerte el cielo,
porque si cedés al golpe
de juveniles deseos
y abres, incauta, la puerta
al teniente de ingenieros,
entonces si que te mete...
el hipnotismo en el cuerpo.

JOSÉ BORRÁS.

Un detalle

Se leyó en el escenario
la zarzuela de Juncosa
y le gustó al empresario
de una manera espantosa.

Repartieron los papeles,
la empezaron á ensayar
y se anunció en los carteles
que pronto se iba á estrenar.

Pero ocurrió un incidente
porque la tiple Isabel
dijo al autor, de repente,
que no hacía su papel.

En el traje que la daban,
muy caprichoso por cierto,
casi casi le quedaban
los brazos al descubierto.

Y por esto no quería
salir á cantar su parte
la que siempre aparecía
como una estrella del arte.

Al ver tan grande pudor
y tan estraña virtud
pensé: Dios nuestro señor
vela por la juventud.

Un angel debe de ser
esa encantadora artista;
cuando es así la mujer...
¡ni el mas tino la conquista!

Por no lucir ni los brazos,
cosa que exige el autor,
consiente en hacer pedazos
su papel que es el mejor.

Cuando volví al escenario
á la función de la noche
se me acercó el empresario
y me dijo *sotto voce*:

Está la cosa arreglada:
ya sabe Vd. que Isabel
estaba muy disgustada
con su traje y su papel.

Pues bien, como he comprendido
la causa de su disgusto
tengo á la pobre ofrecido
un traje muy de su gusto.

—¿Y han cesado sus quisquillas?
—Sí, porque ahora se presenta
luciendo las pantorrillas
¡y está la mar de contenta!

EMILIO DE MONTA.

Crónicas cortesanas

EL MEDALLÓN.

—Estás seguro?

—Segurísimo, pero si me interrumpes tan á menudo
no hay historia posible... Continuo.

—Soy todo oídos.

—«La cena, habia sido encargada para media noche.
Cena abundante fina y bien servida. El barón era pa-
rrroquiano asiduo, que pagaba al contado. Dicesse que
en su tiempo fué un calaverón disipador de la fortuna
que le dejaron sus padres y que, debido á esto, emigró
á Cuba, donde ganó buenos cuartos en negocios no tan
buenos, concluyendo de redondearse, casándose con
una hija del país, poseedora de cincuenta años y tres-
cientos mil duros.

Nuestro héroe, que tiene hoy cuarenta y cinco años,
es delgado, de estatura regular, bigote gris y una nariz
típica, donde cabalgan constantemente gafas con vidrios
azules, á través de los cuales difícilmente se ve el gui-
ñar continuo de unos ojos verdosos y apagados.

Dados estos antecedentes, vuelvo á la cena, es decir
á la historia.

Sonaba la media noche (y no en el reloj de Triveño)
cuando el barón entraba en el gabinete *ad hoc*. Sacó el
remontoir, sonriose satisfecho de su puntualidad y to-
mó asiento en una butaca, dispuesto con la mayor pla-
cidez á esperar.

Poco despues la puerta se abria discretamente y daba
paso á una joven que, desembarazándose del abrigo
blanco en que se envolvía, llegose hasta él, sacudién-
dole levemente con un guante y añadiendo con una
sonrisita irónica:

—¡Puntual como un inglés!

¡Lo que es como guapa, era guapa! Llamábanla (y
supongo que se lo seguirán llamando) la Comendadora,
por causa de unos amores ruidosos con un hidalgo, que
perdió con ella hasta las veneras.

Alta, elegantísima, su vestido negro modelaba admi-
rablemente el busto amplio y el talle pecaminosamente
reducido. El cabello opulento, de un rubio pálido, se
arremolinaba sobre la cabecita armónica, cubriendo
casi la frente y adoselándose sobre los ojos azules en
forma de almendra, guarneciéndose de pestañas airosa-
mente reurbadas. Los labios, delgados y contraídos,
dejaban ver los dientes unidos, iguales, blanquíssimos.

Tenía maneras decididas, palabras secas y carcajadas
de niña petulante.

ARDORES ESALES, POR REYU.



—¡Anda, dame un beso!... ¡El último, que me voy ya!
 —¡Eso es!.. Usted siempre está con los besos! Unas veces porque se va y otras veces porque se viene...



—Pues no viene mal el aguasí, si uno quiere, con estarse fuera del paraguas y se refresca; y sino, se pone uno debajo, y te da un apretón...
 —¡Y verá uno que guantada!...



—No, pues yo no sigo más dándote conversación.
 ¡Cuando vienes por detrás no traerás buena intención!



—¡Que lastima, que V. y yo no fuéramos gorrones!
 —¿Para que? ¿Cuanto mejor es que seamos hombre y mujer?
 —¡Vamos!... que si hubiera V. visto hace poco lo que estaban haciendo dos gorrones!...



Decidme es V. tan desgraciada que hasta en los baños ha de tener siempre encima una corte de...
 —¡Al...! ¡Si yo he venido únicamente por eso!...

Un amigo del barón é íntimo de ella, los había puesto en relaciones, dos noches antes, en el palco de un teatro, resultando de la presentación el convite de aquella noche.

Apenas había entrado, atrayéndola á su lado y jugando con la leontina del reloj, la dijo:

—¡Está V. encantadora, Juanita!

—Lo que estoy es muy triste.

—¿Porqué?..

—¡Hoy hace años que murió mi madre!

—¡Usted tuvo madre!, interrumpió el barón maquinalmente. Enseguida comprendió que había dicho una tontería.

—¡De que se admira... Madre tenemos todas... Padre es más raro...

—¿No conoció Vd. á su padre?

—No, pero...

En aquel momento, el criado llamó á la puerta del gabinete, dejó la cena servida y se retiró.

La conversación volvió á reanudarse.

—Tengo entendido que ayer admiró Vd. mucho un collar expuesto en la Carrera —dijo el barón sonriendo.

—¡Es muy lindo y de un gusto extraordinario!

—¿Me permite Vd. que se le ofrezca?

Y sacó del bolsillo una caja guarnecida de terciopelo negro, que puso sobre la mesa.

Ella se levantó y abrió el estuche.

Sus ojos, de donde salieron atropelladas ondas de deseos, se clavaron con avidez inmensa en el rico collar. Su seno tuvo un movimiento muy perceptible; extendió los brazos, retrocedió un paso encorvando ligeramente el cuello; y contrayendo las pupilas deslumbradas por pequeñitas centellas que irradiaban de los brillantes, volvióse ligeramente, dejó caer las manos sobre los hombros del barón y acercando el rostro perfumado á sus oídos, murmuró:

—¡Eres mi amor!..

—¡Y yo te amo! replicaba él, feliz, besándole las manos.

La cena fué magnífica. Bebióse mucho *champagne*. Trocáronse bocaditos en la comida. —Hubo juramentos de fidelidad. Hasta sonó la palabra regeneración con el indispensable aparato de lágrimas.

¡Un delirio!..

A las dos de la madrugada, cuando el barón se disponía á acompañarla á su casa, ella, cogiendo el collar, tuvo una idea.

—Has de mandar hacer una argolla para poner este medallón. —Y mostró uno que traía.

—Pero eso ya no se estila.

—No importa. Prometi á mi madre traer el medallón siempre conmigo... Tiene el retrato de un joven.

—¿Algun rival?

—No.

—Déjame lo ver.

—No quiero.

—Entonces, ya no cabe duda, es lo que yo me figuro.

—No, hombre, no; ¡que manía! Mira... ¿le conoces?

Abrió el medallón y apareció el retrato de un hombre, que representaría unos veinticinco años.

—¿Que es esto?... ¡Mi retrato que dí á Matilde! exclamó bruscamente el barón, cayendo aturrido en una butaca.

—¿Pues que?... ¡Tú!.. ¡El señor!.. replicó ella...

Guardó el collar y la caja en un bolsillo; envolvióse en el abrigo; y mirando al barón, con sonrisa insolente, dijo, dejando caer una á una las palabras.

—Vaya... adios... muchas gracias... ¡papá!

Y salió.

—¿Y el barón?

—En el exprés de ayer marchó para Francia.

V. LASTRA Y JADO.

El diezmo

(CUENTO VIEJO)

I.

—Dios te guarde, Mariquita.

—Y á usted también, señor cura.

—¡Pero tu estás, criatura, cada día mas bonita!..

Hija, que el cielo divino te conserve esos colores...

—¡Padre, no me eche Vd. flores!

—¿Y tu Antón?

—En el molino.

—No quisistes á ningún

muchacho de educación

y te uniste con Antón,

que es un pedazo de atun.

—Señor cura ¿es que obra mal

quien se casa por *querer*?

—Y Antón te quiere, mujer?

—¡Lo mismo que un animal!

—Pues entonces, que el Señor

te haga dichosa con él

y os dé una luna de miel

eterna, como tu amor.

—¡Gracias!

—Me voy á marchar...

Conque tu dirás, María, si no quieres hoy qué día

puedo venir á cobrar...

—¿El qué?

—El «diezmo».

—Y eso ¿qué es?

—Es el deber que te toca de darme un beso en la boca

por cada diez que le des á tu esposo. (Aquella bola

oyó María asustada

y se puso colorada

lo mismo que una amapola)

—A mí... no me ha dicho Antón

nada de estas tonterías.

—Pensará que lo sabías...

¡si esto casi es de cajón!...

Todas teneis que pagar

porque ya os lo advierto á todas

cuando bendigo las bodas

y os caso al pié del altar.

—Será verdad, pero en fin,

yo no me había enterado;

¡que ya tiene usted cuidado

de advertir eso en latín!

—Si pagar te sabe mal,

no me pagues si no quieres...

pero te advierto que mueres...

—¿Como? —En pecado mortal.

—Bien, pagaré... si es razón...

—Ya lo esperaba de tí.

Y... ¿me debes muchos?

—Si:

¡lo que menos un millón!

(Dobló la linda cabeza,

relumbrante de hermosura,

y ofreció, temblando, al cura

sus dos labios de cereza.

Y aquella boca divina

halló los besos tan buenos,

que aún le dió al cura lo menos

treinta besos de propina.)

II.

—Antón, te quiero contar

que á poco de irte de aquí

vino el señor cura.

—¿Si?

Y ¿á qué ha venido?

—¡A cobrar!

—¡Si no le debemos nada!

—Lo mismo creía yo

porque, hasta hace poco, no

sabía una palotada.

Mira, lo que él me ha cobrado

es el diezmo... ¿Que qué es eso?
El deber de darle un beso
por cada diez que te he dado...

—¿Y te has dejado besar?
—Como el cura lo aconseja...
y el que cobrar no le deja
se tiene que condenar!...
—¡Os habreis dado los dos
la mar de besos!

—¡Ya ves!
(Téngase en cuenta que él es
casi un bendito de Dios.)
¿Qué piensas?

—¡Qué he de pensar!
que á mi no se me figura

que es mal oficio el del cura
cuando tocan á diezmar.
En fin... no me sabe bien,
pero él sabrá por qué lo haga.
Oye, y el marido ¿paga?
—¿No ha de pagarle? ¡también!
—Pues «en cuanto antes» mejor,
si al fin lo tengo que hacer.
—¿A donde vas ahora?

—¡A ver
si le pago á ese señor!

III.

—...Pues María me ha contado
que estuvo usted antes allí
á cobrar el diezmo.

—Si.
Ella ya me lo ha pagado;
y fué en besos numerosas
de verdad, la parte mia.
¡Por lo visto, en todo el día
no os ocupais de otra cosa!
Bueno: y tú ¿qué es lo que quieres?
—Pues... pagar lo que me toque.
—Hombre, ¡no seas alcornoque!
Yo le cobro á las mujeres.
Los maridos no me dan
el diezmo á mí.

—¿Por qué no?
—¡porque no les cobro yo,
que les cobra el sacristan!

J. M. ALMODÓBAR.

Globulillos

«Tírame el agua, Vicente;
¡que abrasa!» — exclamó Pilar.
Y el chico, naturalmente,
como estaba tan caliente,
se la tuvo que tirar.

—
Juan Gonzalez, sin disputa
tiene dotes verdaderas
para hacer cuadros de fruta.

No hay quien su valer discuta,
¡sobre todo haciendo peras!

—
Abrió Corral huevería,
y el grandísimo animal,
puso un cartel que decía:
«HUEVOS FRESCOS DE CORRAL.»

—
Tiene almorranas Perojo,

pero al ver las almorranas
ha dicho el médico Planas
que *no es nada lo del ojo*.

—
Era tan republicana
la esposa de don Remigio
que, bien con gana ó sin gana,
no dejó ni una mañana
de ponerle el gorro... frigio.

DOMINGO DE RAMOS.

Chismes y cuentos

—
Ya la tenemos ahí. ¿Otra denuncia?... No señor, no;
otra huelga, con las correspondientes carreritas, y
las cargas correspondientes de la guardia civil y de la
incivil (de la que no es civil, vamos) que son ca-
paces de cargarse á todo el mundo, sin distinción de
sexos ni condiciones, según confesión de una señora
que habla muy mal el castellano, y se mete en todas
partes, y ha sido el otro día parte interesada y testigo
presencial.

(¡Como que le dieron un garrotazo en el lomo iz-
quierdo, que no puede andar más que con los pies jun-
tos y á saltos!)

Pues sí, gracias á que esta vez acabará pronto; por-
que... del modo que han empezado á arreglar el con-
flicto...

—
¿Quien no se va á conformar
y quien no va conciliarlo,
si pronto no va á quedar
ni titere *pa'* contarlo?

—

El *Rigoletto* (un periódico de Madrid; lo digo porque
supongo que Vds. no sabrán una palabra de semejante
papel) dedica un sueltcito, haciendo muecas y aspa-
vientos ridiculos, á la aparición de un nuevo periódi-
co, cuyo nombre no se atreve á pronunciar por no ru-
borizar á sus lectores.

Yo me aporataria todos los redactores del *Rigoletto*,
contra dos docenas de melones, á que eso no puede re-
ferirse al CHISME, porque *EL CHISME* que tiene para
que se ruborice nadie solo con nombrarlo? Pero de to-
dos modos, le doy las gracias por la propaganda, en
nombre del periódico nuevo.

—
¿Y que no sea tan inmodesto! ¿eh?

Porque eso de no querer
citarlo, para no ser
causa de necios rubores...
¡casi es como suponer
que pueda tener lectores!

—

Y el caso es que no solo ese periódico: son ya cinco
ó seis los que más ó menos embozadamente se han
ocupado de nosotros (ya ven Vdes. que esto siempre
supone cinco ó seis gacetilleros) y á pesar de que ro-
gamos al principio que nadie se metiera con *EL CHIS-*
ME, que no nos lo tocara nadie, ni aunque les ofrecie-
ramos un duro creo yo que dejarían de decir bobadas
y sermonear de moral.

—
Y el caso es que exageran y que la gente
se lo cree, hace caso de estos sermones...
¡y amigo es un fastidio!... las ediciones
se agotan enseguida completamente!

Imp. Arco del Teatro, número 9, pasaje, Barcelona

CURIOSIDAD POR CHISMITO.



—Dime vidita ¿se me conocen mucho los polvos?
—¿Cuales?..

Chismito

ANUNCIOS

EL CORRESPONSAL EXCLUSIVO
DE

EL CHISME

EN MADRID ES

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad. — Plaza de Santo Domingo

AGENCIA ALMODOBAR

Se recomienda por la prontitud, inteligencia y economía con que gestiona toda clase de asuntos jurídicos y administrativos.

EMBAJADORES 10. — MADRID

UNICO EXPENDEDOR

AL POR MAYOR

DE

EL CHISME

EN BARCELONA

D. JUAN TASSO

Kiosco Rambla de las Fores, frente a la calle del Hospital

EL CHISME

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los martes y colaboran en él los mejores escritores y los más renombrados dibujantes

NO ADMITE SUSCRIPCIONES

PRECIOS DE VENTA:

Número suelto. 10 céntimos.

Id. atrasado. 25

Redacción y Administración: Tallers, 48 bis, primero izquierda

HORAS DE DESPACHO

DE TRES A CINCO DE LA TARDE, TODOS LOS DIAS LABORABLES

Ayuntamiento de Madrid